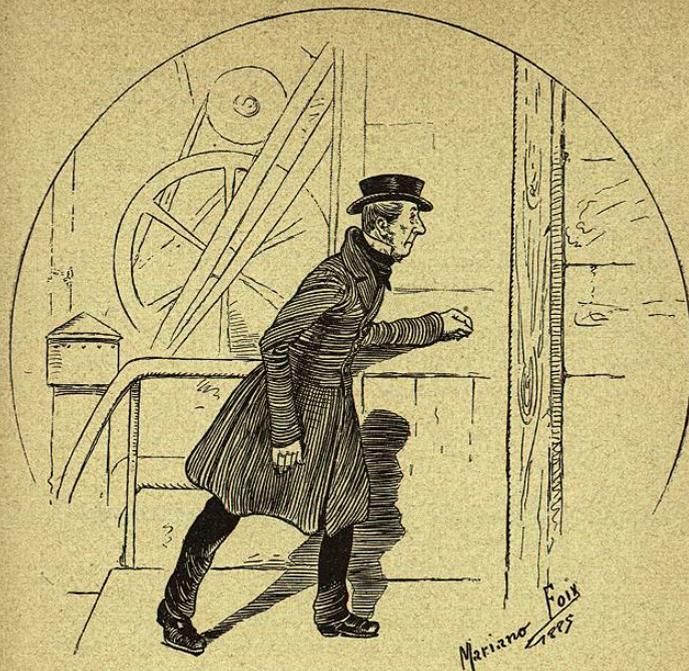


na especie, que jamás se atrevió á mirar á las personas cara á cara, no comprendiéndose cómo le fuera posible engañar á tanta gente; y díjose en fin que nunca había tenido fortuna propia; que sus especulaciones eran espantosamente aventuradas; y que sus gastos ascendían á una cifra fabulosa. Merdle había dejado en la casa de baños una carta dirigida á su médico, carta que se hallaba ya en poder del tribunal, y de la cual sólo podía esperarse un golpe terrible para la infinidad de personas que el banquero había engañado. Innumerables y de todas las clases de la sociedad eran las que iban á quedar arruinadas por la quiebra de Merdle; todos cuantos tomaron parte en sus magníficas comidas iban á reconocer muy pronto que sólo le habían ayudado á despojar á innumerables familias; y no pocos ancianos se verían obligados á pasar el resto de su vida en un hospicio.

Desde aquel momento se supo que la enfermedad del gran banquero era simplemente... la estafa y el robo. El innoble objeto de los halagos de la alta sociedad y del público; el que asistía á los festines de las notabilidades; el rey de los salones á la moda, que había vencido el espíritu exclusivista de la aristocracia, nivelando el orgullo de los grandes personajes; el que había regateado una dignidad de Par con el ministro de las Circunlocuciones; el que había recibido en quince años más favores que Inglaterra concediera nunca en dos siglos á todas las ilustraciones de las artes y las ciencias que presentaban sus obras en la mano... la brillante maravilla, la nueva estrella que había servido de guía á los magos cargados de ofrendas, hasta el momento en que se detuvo para mostrarles un cadáver en el fondo de una bañera ensangrentada... era sencillamente el más infame falsario, el más insignificante ladrón que jamás escapara de la horca.



CAPITULO XXVI

Borrasca

Anunciado por su respiración ruidosa y sus apresurados pasos, Pancks se precipita en el escritorio de Arturo Clennam. El informe judicial está concluído; la carta ha visto la luz pública; la quiebra del maravilloso Banco es un hecho consumado; las demás empresas modelo del gran Merdle son otras tantas compañías de paja á las que se ha prendido fuego, y de las cuales sólo queda humo. El barco pirata, admiración de todos, acaba de volarse en medio de una numerosa flota de otros barcos más pequeños; en la superficie del mar no se ven más que restos, cascos incendiados, cañones

que estallan por sí mismos, náufragos que se ahogan cogidos á una tabla, y cadáveres flotantes rodeados de tiburones.

¿Qué se han hecho el orden y la actividad de la oficina de Doyce y Clennam? La mesa está llena de papeles esparcidos en desorden y de cartas sin abrir; y en medio de estas señales de postración moral y de lastimoso desaliento, Arturo está inmóvil en su sitio de costumbre, con los brazos cruzados sobre el pupitre y apoyada la cabeza en ellos.

Al ver á Clennam, Pancks se detiene, siéntase y toma la misma posición que el socio de Doyce; durante algunos minutos, los dos permanecen silenciosos; pero al fin Pancks levanta la cabeza y toma la palabra:

—Yo soy, señor Clennam, quien le he inducido á usted á colocar sus fondos; ya lo sé; trátame como quiera; no me podrá decir más injurias de las que yo me he dirigido ya, ni más de las que merezco.

—¡Oh! Pancks, Pancks—repuso Clennam;—no me hable usted de lo que merece. ¡Y yo! ¿Qué no habré merecido yo?

—Usted merecería ser más feliz.

—Yo—continuó Clennam,—que he arruinado á mi socio, á ese pobre Doyce, tan honrado, tan industrioso, tan infatigable; ese anciano que ha trabajado toda su vida, siempre en lucha contra las decepciones; ese hombre que me inspiraba tanta simpatía, y á quien había servido con toda mi alma... yo le he arruinado... ¡sí, arruinado y sumido en la miseria y la deshonra!

La angustia que este pensamiento ocasionaba á Clennam era tan penosa de ver, que Pancks se arrancó un puñado de cabellos en su desesperación.

—Repréndame usted con toda la severidad que merezco, señor Clennam—exclamó;—llámeme usted animal, burro, imbecil... en fin, todo lo malo que se le ocurra.

—Si hubiera resistido á esa fatal manía—dijo Arturo, más bien con tono compasivo que de reprensión,—habría sido mucho mejor para usted... y para mí.

—Siga usted, señor Clennam, siga usted, que bien lo merezco.

—Si no hubiera usted hecho esos malditos cálculos, cuya exactitud me ha demostrado con tan abominable evidencia, no nos veríamos en esta horrible situación. ¡Ay! yo he sido un ciego que se ha dejado conducir por otro ciego... pero ¡y Doyce, y mi pobre socio!

Clennam apoyó de nuevo la cabeza sobre el pupitre; pero Pancks se la hizo levantar de nuevo diciéndole:

—Yo no he dormido en toda la noche; desde que comenzó á circular la noticia, he corrido por todas partes para ver si había medio de salvar alguna cosa del naufragio; pero no, todo se ha perdido.

—Harto lo veo—contestó Clennam;—y cuando pienso que ayer mismo estaba resuelto á vender y á realizarlo todo, me desespero.

—Esto es singular—repuso Pancks;—hoy mismo ha encontrado muchísimas personas que me han dicho lo mismo; pero dígame usted, señor Clennam, ¿lo había usted arriesgado todo?

—Sí, todo.

Pancks se arrancó dos ó tres mechones más de cabellos, y después de mirar un instante estos despojos con aire furibundo se los guardó en el bolsillo.

—Es forzoso que yo tome mi partido inmediatamente—dijo Clennam enjugando algunas lágrimas silenciosas;—debo ofrecer por lo menos la única y triste reparación que está en mi mano; es indispensable que la reputación de mi desgraciado socio quede al abrigo de toda sospecha, despojándome por el pronto de cuanto poseo. Entregaré á nuestros acreedores la dirección de los asuntos, de que tanto he abusado, y me resignaré á trabajar hasta el fin de mis días para que se olvide en lo posible mi falta... ó mi crimen.

—¿Pero no habrá medio de esperar á que pase la tormenta?

—Imposible; todo está perdido, Pancks; y cuanto antes pueda confiar los negocios de la casa á otras manos, mejor será para mí. Esta misma semana se han de cubrir obligaciones que ocasionarían más tarde una catástrofe si yo las aplazara algunos días ocultando lo que sé.

—Pero al menos no proceda usted por sí solo—repuso Pancks que sudaba de angustia;—consulte usted con algún escribano.

—Tiene usted razón; tal vez sea mejor.

—Llame usted á Rugg.

—Como no hay mucho que hacer, lo mismo da valerse de él que de otro.

—¿Quiere usted que vaya á buscarle?

—Si no le sirve de molestia, se lo agradeceré.

Pancks se puso el sombrero y salió corriendo para dirigir-

se á Pentonville. Durante su ausencia, Arturo sin levantar la cabeza, permaneció en la misma postura.

El agente volvió muy pronto con su amigo y consejero, el señor Rugg, que al observar el trastorno y la agitación de Pancks, rogóle que se retirara apenas llegaron al escritorio de Clennam, donde después de quitarse el sombrero y los guantes, observando al mismo tiempo el aspecto de desesperación de su cliente, díjole con bondad:

—Siento mucho, caballero, que se deje usted dominar así por la aflicción; esas pérdidas son sin duda muy deplorables, pero se ha de hacer frente á la situación por desesperada que sea.

—Si el dinero arriesgado me hubiera pertenecido á mi solo, señor Rugg—repuso Clennam sin poder reprimir un suspiro,—crea usted que no lo sentiría tanto.

—Me asombra oírle á usted decir eso—exclamó Rugg fro-tándose las manos;—esto es muy singular, caballero, pues en el ejercicio de mi profesión, siempre he observado que el dinero propio es el que más se siente perder. Cuando mis clientes perdían el de los otros, sobrellevaban el percance con mucha tranquilidad. En fin, si le parece bien, vamos á tratar de la cuestión, que para mí es sólo de buen sentido, y por lo tanto muy sencilla. Todo se reduce á saber qué puede hacerse en su favor para sacarle de este mal paso.

—Ya se equivoca usted desde el principio—dijo Arturo:—mi cuestión no es más que esta: ¿Qué puedo yo hacer para sacar á mi socio de este mal paso y reparar en lo posible el perjuicio que le ocasiono?

—Comienzo á temer—observó Rugg,—que se deja usted dominar demasiado por su sensibilidad. No me agrada oír esas palabras de «reparación» y «perjuicio» sino en boca de un abogado que pleitea contra la parte contraria. Advierta usted que es muy peligroso dejarse dominar así por la sensibilidad.

—Señor Rugg—contestó Arturo, á quien su resolución de realizar su propósito reanimó singularmente;—temo que no esté usted dispuesto á seguir la marcha que yo deseo; y si su desaprobación le impide adoptar las medidas necesarias, deberé buscar otro consejero, advirtiéndole que en este punto no admito más discusión.

—Muy bien, caballero; ya que de todos modos se ha de encargar alguien del negocio, tanto vale que sea yo.

Clennam manifestó entonces al señor Rugg cuál era su

determinación, dándole á conocer con la mayor exactitud el estado de cosas. Encargó sobre todo á su apoderado que sincerara moral y públicamente á su socio, declarando que Arturo Clennam era quien por su propia voluntad, y hasta contra el parecer de su colega, había arriesgado los capitales de la asociación en las especulaciones fraudulentas del difunto Merdle. No podía ofrecer más reparación á Doyce, cuya delicadeza conocía, y era preciso comenzar por aquí. Además, Arturo se proponía imprimir una circular haciendo esta declaración para dirigirla á todos los clientes de la casa, insertándola también en los periódicos. Si en consideración á la inocencia de su socio se permitía á la casa continuar en los negocios, Arturo Clennam cedería á Daniel Doyce la parte que le correspondiese en la sociedad, como única reparación pecuniaria que pudiese ofrecer en cambio de las inquietudes y pérdidas de que había sido la causa involuntaria.

Aunque el señor Rugg viese claramente que sería inútil oponerse á este proyecto, no pudo menos de hacer algunas observaciones para refutar en lo posible los argumentos de su interlocutor.

—No quiero—dijo,—hacer ninguna objeción, ni combatir sus razones, y le ayudaré á realizar su propósito; pero conste que protesto. En primer lugar, la ciudad entera, por no decir todo el país, se halla en este momento poseída de la indignación que ha producido esa quiebra; y la cólera de las víctimas estallará con violencia. Una declaración como la que usted quiere hacer á raíz de esa quiebra, atraerá sobre su persona un huracán de furores; y va usted á servir de blanco á las iras de los que no pueden desahogar su cólera en otra parte.

Arturo insistió en la necesidad de una reparación pública y voluntaria; y el señor Rugg hubo de prestar su auxilio para adoptar las primeras medidas con este objeto; mientras que Clennam, conservando sólo sus afectos, sus libros, y el poco dinero que llevaba, apresuróse á inscribir su balance personal entre las cuentas de la casa.

La declaración de Clennam, publicada á renglón seguido de la quiebra de Merdle, suscitó un formidable huracán contra la víctima inocente; y hasta los menos interesados aprovecharon de aquella oportunidad para aplacar sus iras. Rugg, instalado en el despacho de Clennam, abría diariamente numerosas cartas llenas de invectivas contra Doyce y Clennam; y antes de transcurrir una semana anunció á su cliente que te-

mía que sus acreedores hubiesen obtenido ya contra él varios autos de prisión.

—Es preciso sufrir las consecuencias de mis actos—dijo Clennam;—cuando los agentes vengan, me encontrarán aquí.

Al día siguiente, al entrar Arturo en el Patio del Corazón Sangriento, la señora Plornish, que estaba á la puerta de su tienda, detúvole al paso é hízole entrar en el interior, donde encontró al señor Rugg.

—He creído oportuno—dijo este último,—esperar aquí para decirle que en su lugar yo no iría hoy al despacho.

—¿Por qué?

—Sencillamente, porque en mi concepto hay cinco autos de prisión contra usted.

—Pues bien, cuanto antes acabemos mejor. Que me lleven al punto, ó cuando les parezca.

—Sí, pero advierta usted—replicó el señor Rugg,—que nunca será demasiado tarde para conducirlo á usted á la prisión. Yo sé que en esta clase de asuntos los menos interesados son los que antes gritan; y ahora le diré que el primer auto es por una cantidad insignificante. Yo no me dejaría coger por tan poca cosa.

—¿Por qué no?

—Mejor será esperar á los acreedores, de más importancia, para salvar las apariencias. Yo preferiría que le detuvieran á usted por un auto de los tribunales.

—Señor Rugg—contestó Arturo,—mi único deseo es concluir cuanto antes; voy al escritorio y suceda lo que quiera.

—Una palabra más; y ahora es cuestión de buen sentido. Si le detienen á usted por ese pequeño crédito, se le conducirá á la prisión de la Mariscalía, que, como usted no ignora, tiene un local muy reducido y falto de aire; mientras que en el King's Bench hay mucho espacio y mejores condiciones.

—Pues yo prefiero la prisión de la Mariscalía á todas las demás.

—¡Vaya un capricho raro! En fin, si es así, vamos andando.

Los vecinos del Corazón Sangriento se interesaban doblemente por Clennam desde que había perdido su fortuna, y muchos salieron para verle pasar, observando que estaba muy abatido.

Al parecer no había ningún acreedor allí cuando Arturo y Rugg llegaron al escritorio; pero antes de que hubiese tiempo

de abrir una sola carta, presentóse en la puerta vidriera un hombre.

—¡Hola! ¿cómo va? Entre usted si gusta;... señor Clennam—añadió,—creo que ésta es la persona de quien le hablaba á usted hace un momento.

El desconocido explicó el objeto de su visita, diciendo que se trataba de un asunto concerniente al señor Clennam, y desempeñó su encargo con arreglo á la ley.

—¿Quiere usted que le acompañe, señor Clennam?—preguntó Rugg con mucha cortesía, frotándose las manos.

—Gracias; prefiero ir solo; pero le agradeceré que tenga la bondad de enviarme mi ropa.

Rugg aseguró que no dejaría de hacerlo, y despidióse de su cliente estrechándole la mano. Arturo y su guardián subieron al primer coche que pasó y dirigiéronse hacia la prisión de la Mariscalía.

«¡Jamás hubiera creído—murmuró Clennam,—que yo debía volver allí en calidad de preso!»

Chivery y su hijo Juan, que desempeñaba ya sus funciones en la prisión, quedaron atónitos al ver á Clennam; y Chivery padre le estrechó la mano con aire confuso, diciéndole:

—Esta es la primera vez, caballero, que no le veo á usted con gusto; se lo confieso sinceramente.

Chivery hijo no dió la mano á Arturo, y miróle con tan singular expresión, que aquél no pudo menos de notarlo.

Como Arturo conocía bastante los usos y costumbres de la prisión, y no ignoraba que debía permanecer algún tiempo en la portería, sentóse en un rincón, aparentando leer varias cartas que sacó de su bolsillo. Esta ocupación no le impidió observar, con agradecimiento, que Chivery alejaba á los curiosos haciendo diversas señas muy significativas, á fin de evitar molestias al preso.

Arturo pensaba en el pasado, deplorando el presente, sin fijarse en uno ni en otro, cuando sintió que le tocaban en el brazo; era Juanito.

—Puede usted subir cuando guste—le dijo.

Arturo se levantó y siguió á su guía: cuando llegaron al segundo patio, volvióse Juan y añadió:

—Usted necesita una habitación, y yo le he buscado una.

—Le doy á usted las más expresivas gracias.

Juan franqueó el umbral de una puerta por donde Clennam había pasado muchas veces, subió la escalera y penetró en

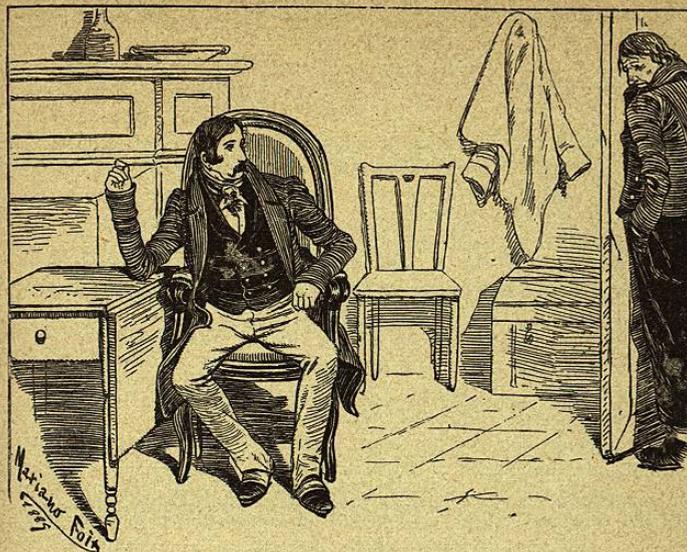
la antigua habitación que el anciano Dórrit ocupaba en otro tiempo.

Arturo ofreció su mano á Juan; pero éste, mirándole con expresión sombría, le dijo:

—No sé si puedo darle á usted la mano... no, me parece que no puedo, pero es igual. Me ha parecido que le agrada-
ría á usted más esta habitación, y por eso se la he propor-
cionado.

Los recuerdos que aquel cuarto vacío despertaron natural-
mente en Clennam hicieronle olvidar muy pronto la extraña
conducta de Juan, pues no pudo menos de pensar en la bue-
na y dulce niña que había santificado aquella mísera estan-
cia. Sin embargo, la ausencia de la joven en semejante mo-
mento comunicaba á la habitación un aspecto tan lúgubre,
que Arturo, oprimido por la tristeza, volvióse de cara á la
pared y buscó alivio en sus lágrimas, murmurando con an-
gustioso acento:

«¡Oh mi niña Dórrit!»



CAPITULO XXVII

El novicio de la Mariscalía

Eran las doce del día: los cálidos rayos del sol iluminaban los muros de la prisión por deudas, y Arturo Clennam, sentado en un viejo sillón, hallábase absorto en sus reflexiones.

Cuando un infeliz entra por primera vez en una cárcel, el primer cambio que se opera en él es una especie de calma, ó más bien de abatimiento resignado. En tal estado de paz engañososa, Clennam, frente á su ignominia, pensaba en algunas fases de su pasado, como un muerto debe soñar en su existencia de otra época; y atendido el sitio en que se hallaba, no era de extrañar que en su meditación consagrarse un recuerdo á la niña Dórrit, pensando en la saludable influencia que la tierna joven había ejercido en sus buenas resoluciones. Hasta llegó á figurarse que su desgracia era un castigo por haberse alejado de la bondadosa niña.

La puerta de la habitación se abrió de pronto y Arturo vió que Chivery padre asomaba en parte la cabeza, pero vuelto de espaldas, como si no quisiera verle.